

César IZQUIERDO (ed.), *Dios en la Palabra y en la Historia. XIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Ed. Universidad de Navarra, S. A., Pamplona 1993, 627 pp., 15 x 24,7.

Se recogen en este volumen las ponencias, comunicaciones y diálogos que tuvieron lugar en el XIII Simposio Internacional de Teología celebrado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra en la primavera de 1992. Estos trabajos tuvieron como centro de su consideración la revelación divina, como se desprende ya del elocuente título en el que se manifiesta el contenido y la unidad de este amplio volumen: *Dios en la Palabra y en la Historia*. Se trata de un Simposio en el que se ha podido palpar con especial fuerza la fecundidad del pensamiento contenido en el Concilio Vaticano II, pues, como escribe el profesor Izquierdo en la presentación, «el Simposio venía naturalmente preparado por los trabajos aparecidos en torno a los veinticinco años de la Constitución Dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II».

La estructura de los trabajos está articulada en tres partes, que responden a las tres jornadas de trabajo —duración habitual en estos Simposios— claramente diferenciadas. Un primer día de carácter introductorio en el que el profesor Rino Fisichella, de la Universidad Gregoriana, ofreció una panorámica de la teología de la Revelación en la situación actual y el profesor José Morales Marín, de la Universidad de Navarra, disertó sobre la valoración del hecho religioso que se da previa o concomitantemente a la revelación divina. En el segundo día se abordaron los temas que pueden considerarse como el núcleo del Simposio: el profesor César Izquierdo, de la Universidad de Navarra, trató del carácter trinitario de la revelación cristiana; el profesor André Dartigues, del Instituto Católico de Toulouse, centró su atención en las relaciones existentes entre revelación y misterio; y los profesores Kubis y Kamykowski, de la Academia Pontificia de Cracovia, reflexionaron sobre el papel mediador de la Iglesia en la transmisión de la revelación. El tercer día estuvo centrado en la consideración de la revelación divina en cuanto recibida, es decir, en cuanto que la revelación alcanza su finalidad en la acogida del creyente. El profesor Adolfo González Montes, de la Pontificia Universidad de Salamanca, trató de la respuesta humana a la Palabra divina, y el profesor Giovanni Battista Mondin, de la Pontificia Universidad Urbaniana, desarrolló el tema de la expresión del misterio en el lenguaje revelado. Enmarcadas en este amplio marco, sencillo y perfectamente trabado, las sesiones del Simposio se vieron enriquecidas con veintiséis comunicaciones presentadas por profesores de diversas Universidades y Centros Teológicos. La temática tratada y los

puntos de vista desarrollados en las ponencias y comunicaciones fueron completados con diversas sesiones de trabajo y diálogo, cuyo resumen se recoge también en este libro.

El lector se encuentra, pues, ante lo que podría calificarse como una ágil visión de conjunto de las cuestiones fundamentales concernientes a la teología de la revelación tal y como es apreciada por un numeroso y variado grupo de autores contemporáneos. El momento era especialmente oportuno. En efecto, como hace notar el profesor Izquierdo en sus palabras finales, «una vez superados los prejuicios ilustrados que enfrentaban la racionalidad humana con la revelación divina, estamos en condiciones de entender que la única razón de la autocomunicación de Dios al hombre es el amor, y que la verdad que se ofrece no es una verdad que rivalice con el hombre, sino verdad salvadora» (p. 619).

Por encima de los diversísimos puntos de vista con que se abordan las cuestiones, cabe destacar lo que podríamos calificar como una tónica dominante, igualmente compartida por todos los asistentes. La consideración serena de la revelación como verdad salvadora, la clara superación de los prejuicios ilustrados, la justa valoración del acontecer histórico y, quizás como consecuencia del largo camino recorrido por la Teología durante estas últimas décadas, el análisis estrictamente teológico de todas las cuestiones, sin que las preocupaciones apologéticas distrajesen la atención de lo más importante.

En esta perspectiva teológica adquiere especial relevancia la ponencia en torno al Dios Trino que se revela en Cristo. En efecto, la verdad revelada no es verdad a secas, sino verdad salvadora que lleva en sí misma la llamada a vivir en la intimidad del Dios Trino. «El Dios que se revela —leemos en la página 223— es Dios Trino, y la Trinidad es no sólo lo revelado, el contenido mismo de la revelación, sino también la forma, la estructura de esa misma revelación». Y, en consecuencia, se dice un poco más adelante «la noción de misterio es, precisamente, la base para una comprensión viva de la forma trinitaria de la revelación» (p. 224).

Hablar de la Trinidad como estructura de la revelación lleva inmediatamente a la consideración del misterio de la Cruz. Los estudiosos de la cristología y, especialmente, quienes dediquen su atención a la teología de la cruz podrán valorar hasta qué punto nos encontramos ante una de las cuestiones más atractivas y apasionantes del quehacer teológico —la contemplación del misterio trinitario tal y como se revela en la Cruz de Cristo— y, por lo tanto, ante la consideración más teológica —si cabe expresarse así— y cristocéntrica de la naturaleza de la revelación divina.

En efecto, la revelación salvífica de Dios en Cristo tiene su momento culminante en la muerte y resurrección de Cristo, en la que, como escribe el profesor Illanes, «se produjo una nueva y definitiva revelación de la paternidad de Dios y se nos otorgó el Espíritu que nos introduce en el vivir de Dios mismo» (p. 237). Tiene razón el profesor Izquierdo, cuando escribe: «Así pues, la Cruz revela a Dios. Revela hasta qué punto el Hijo de Dios ha aceptado, al hacerse hombre entre los hombres, la existencia humana sometida a la muerte, y hasta dónde llega su solidaridad con la humanidad y, por tanto, hasta qué punto el Padre ama al hombre, pues entrega a su Hijo a la muerte. Revela al mismo tiempo la actuación plena de la filiación divina de Jesús que, en la muerte, responde con su donación filial al Padre, a la autodonación del Padre a su Hijo hecho hombre. La respuesta del Padre a la entrega de Cristo es la resurrección en la que recibe la glorificación que le constituye como *Señor*. Precisamente en cuanto *Señor*, Cristo envía el Espíritu Santo a los hombres, a quienes, por el mismo Espíritu, da una participación en su propia gloria y, definitivamente, en la vida misma de Dios. Así la resurrección —con el subsiguiente envío del Espíritu Santo— da plenitud de sentido revelador a la encarnación y a la muerte con las que forma una totalidad de misterio» (pp. 237-238).

Superados los prejuicios racionalistas, la revelación cristiana aparece principalmente en su vertiente salvadora, es decir, se nos muestra como «amiga» del hombre. Su lenguaje se dirige a la inteligencia y al corazón del hombre, para introducirle en el misterio. Y se percibe con claridad que su aceptación no sólo no le hace emigrar de su humanidad —de su intelectualidad—, sino que le introduce en una Verdad, entrañablemente personal, como en una nueva tierra prometida. La dimensión trinitaria de la revelación cristiana recibe su configuración definitiva en la revelación que tiene lugar en la Cruz —en el misterio de la Muerte y de la Resurrección del Señor— y reviste, por ello, un irrenunciable dinamismo estaurocéntrico. El párrafo anteriormente citado es buena muestra de cómo la teología de la revelación es auténtica teología y recibe una nueva vitalidad cuando se la considera desde la centralidad de la Cruz del Señor.

Se comprende, entonces, la radicalidad con que ha de entenderse que la revelación divina asume el hecho religioso, lo libera de su ambigüedad y lo eleva a un nivel de relación con Dios que supera la mera capacidad humana. Se trata del Crucificado que, levantado en alto, atrae a todos hacia sí. La Cruz, en efecto, es fidelidad al hombre; fidelidad también del Dios Creador a su creación. Como decía en su ponencia el profesor Morales, «la razón principal de las afirmaciones de la Iglesia acerca de la religión y lo religioso debe buscarse en una correcta teología de la Creación, según

la cual todo lo que es el hombre y todo lo que le acontece en el plano de la gracia posee en él una base creatural. Todos los que afirman que la cruz y la gracia deben establecerse sobre un vacío de religiosidad natural devalúan injustamente el sentido y la importancia de la Creación» (p. 95).

Es muy importante esta precisión, pues la centralidad de la Cruz en cuanto revelación no implica negar cuanto de revelación existe en el mismo ser creado y en las preguntas irrenunciables que plantean al hombre los anhelos de su propio corazón. Antes al contrario: significa reafirmarlas. La Cruz, precisamente por su dimensión trinitaria, lleva a su plenitud cuanto de revelación existe en toda la creación. Por esta razón, la Cruz entraña también una perenne novedad: «la novedad del misterio inagotable de Dios y la novedad de los hombres que responden en su *hoy* contingente a la iniciativa divina» (p. 620).

La centralidad de los temas tratados, la coherencia con que el Comité organizador estructuró el desarrollo de las cuestiones más importantes surgidas en estas últimas décadas en torno a la revelación de Dios en la Palabra y en la Historia, y la competencia, autoridad y diversidad de cuantos intervinieron, dieron como resultado un Simposio vivo, en cuyas actas se encuentra una síntesis solvente de las principales instancias y respuestas que en nuestros días se plantean al teólogo sobre el revelación de Dios.

El estudioso de la teología encontrará también unos sugerentes apuntes sobre la grandeza y las tareas del quehacer teológico. Pues, como escribe el profesor Fisichella, «comprometido personalmente con los resultados de su trabajo, el teólogo es hijo de su tiempo. Sin embargo, gracias a su condición verdaderamente privilegiada, está también situado en el límite entre lo inefable y aquello que no cabe más remedio que pronunciar. Su ministerio le une a un pasado, que debe mantener siempre vivo; pero debe vivir atentamente su presente, si quiere que el pasado desenvuelva toda su fuerza en la creación de una nueva historia (...). Creemos, por tanto, que sólo en la medida en que permanezcamos fuertemente unidos al acontecimiento fontal de nuestra fe, es decir, a la revelación de Dios en Jesús de Nazaret, seremos propuesta válida para hoy, sin olvidar que la revelación es verdaderamente tal, cuando, abriéndose al misterio, nos permite penetrar cada vez más dentro, porque Dios no es solamente *id quod maius cogitari nequit*, sino sobre todo *quiddam maius quam cogitari possit*» (pp. 79 y 82).

Lucas F. MATEO-SECO